

de la *Saale* y de la *Meduse* para saber lo que opinaban de semejante tentativa. Siendo entonces los vientos variables y naciendo toda la dificultad del tiempo, el peligro disminuía. Esta situación provocó de la parte del capitán Ponée, comandante de la *Meduse*, una proposición heroica. Sostuvo que podían salir adelante con un acto de abnegación, y se ofreció llevarle á cabo él mismo, respondiendo del éxito. Para esto llevaría anclas al anochecer, momento en el que soplaban por lo regular una brisa favorable á la salida; iría á colocarse banda á banda del *Bellerophon*, trabaría con él un combate encarnizado, y no se separaría de los flancos hasta que, sacrificando la *Meduse*, le pusiera en la imposibilidad de moverse. Entretanto la *Saale* llegaría á alta mar dejando atrás ó fuera de combate á los demás pequeños navíos que pudieran oponerse á su paso.

Este atrevido proyecto ofrecía dos probabilidades de éxito casi seguras, y Napoleón lo juzgó así; pero el capitán Philibert, á quien se confiaba la parte menos peligrosa de la empresa y que por lo tanto podía escuchar con más libertad las consideraciones de la prudencia, pareció temer la responsabilidad que pesaría sobre él si se conformaba con la pérdida casi cierta de una de las embarcaciones colocadas bajo su mando. Sólo un desprendimiento igual en los capitanes hubiera decidido á Napoleón á aceptar el sacrificio que le ofrecían; y estrechando afectuosamente la mano del capitán Ponée rehusó su oferta, diciéndole que no quería sacrificar por la salvación de su persona á un hombre tan honrado y valiente como él, deseando por el contrario que se conservase para el bien de la Francia.

A partir de este instante no era posible contar con las fragatas, pero quedaba el proyecto de ir á embarcarse en el Gironda. El oficial enviado al capitán Baudín volvió con noticias muy favorables respecto de algunos puntos. El capitán Baudín declaraba que su corbeta era excelente, que respondía de salir con ella adelante, y que se comprometía á llevar á Napoleón adonde quisiese; pero por desgracia el trayecto por tierra era impracticable, porque era preciso atravesar campiñas en las que los realistas dominaban completamente. Los ánimos se hallaban en ellas soliviantados y se corría el peligro de caer prisioneros siendo pocos, ó de advertir á los ingleses de su presencia si iban en número bastante para defenderse. Así, pues, esta salida casi se cerraba, al paso que la de las dos fragatas se había cerrado por completo.

El día 12 recibió Napoleón la visita de su hermano y despachos de París, los cuales contenían la relación de los últimos sucesos. El gobierno provisional había sido derribado, Mr. Fouché era dueño de París, en nombre de Luis XVIII, y con este motivo era de temer que se recibiesen en Rochefort nuevas órdenes sumamente hostiles á Napoleón. A partir de este instante era preciso abandonar las playas de la Francia de cualquier modo que fuese, porque eran menos temibles los mismos ingleses que los emigrados victoriosos. Napoleón dejó la *Saale* toda vez que las fragatas no podían transportarle á otro hemisferio, recibió las más entusiastas despedidas de las tripulaciones, y desembarcó en la isla de Aix, en donde la población le acogió como lo había hecho en los días precedentes. Navegar contra

la corriente del Seudre en lancha y atravesar á caballo la lengua de tierra que separa el Charente del Gironda, era definitivamente imposible, porque después de las últimas noticias de París ondeaba en las campiñas la bandera blanca. Los realistas habían triunfado, y no era fácil escapar de sus manos. Pero surgió una nueva proposición tan plausible y tan heroica como la del capitán Ponée. Habiéndose divulgado el rumor de que las fragatas no tendrían el honor de salvar á Napoleón á causa de la extremada prudencia que había mostrado uno de los dos capitanes, los jóvenes oficiales irritados idearon otro medio de libertarse del enemigo. Cuarenta ó cincuenta hombres se ofrecieron á tripular dos quechemarines conduciéndolos con el remo ó las velas al lado opuesto de los canalizos, entregándose después á la fortuna de los vientos, que podían llevarlos al encuentro de algún buque mercante, del que se apoderarían obligándole á que los transportase á América. No cabía duda en que favorecidos por la obscuridad de la noche pasarían sin ser vistos. Sin embargo, se elevó una grave objeción contra este plan. Si no encontraban pronto un buque mercante, era probable que los vientos los empujasen hacia la costa de España, en donde se expondrían á los mayores peligros.

Sin embargo, el proyecto fué aceptado, y aquellos bravos oficiales recibieron la competente autorización para disponer lo necesario á fin de salir adelante con su tentativa. Escogieron entre ellos á los más vigorosos, á los más atrevidos, reunieron un número suficiente de marineros experimentados, y al día siguiente 13 por la tarde llevaron sus dos embarcaciones al fondeadero de la isla de Aix. Napoleón estaba resuelto é iba á intentar este medio de evadirse, cuando se produjo de pronto en torno suyo una indecible confusión. Las personas que le acompañaban eran numerosas y entre ellas se encontraban las familias de muchos de sus compañeros de destierro. Los que se quedaban sufrían el dolor de la separación, los demás el terror de una tentativa que iba á exponerlos á los horrores del espantoso mar de Gascuña. Las mujeres sollozaban, y este espectáculo conmovió el alma de Napoleón, ordinariamente tan firme. Le manifestaron la posibilidad de ir á parar á la costa de España, en donde perecería con los que le acompañasen, y la probabilidad de que los descubrieran los ingleses, los que no dejarían de perseguirlos y de apoderarse de los dos quechemarines; y Napoleón al ver las lágrimas que corrían: «Pues bien, dijo, concluyamos de una vez y entreguémonos á los ingleses, puesto que de todos modos tenemos tan pocas probabilidades de librarnos de ellos.» Dió gracias á los jóvenes que se ofrecían á salvarle arriesgando sus vidas, y resolvió entregarse él mismo al día siguiente á la marina británica.

El 14 envió á bordo del *Bellerophon* á Mr. de Las Cases y al general Lallemand para que averiguasen la respuesta que había recibido el capitán Maitland del almirante Hotham su superior, que á la sazón se hallaba en la rada de Quiberón. El capitán repitió que estaba dispuesto á tomar á su bordo al emperador Napoleón, pero sin contraer ningún compromiso formal, toda vez que no había tenido tiempo para pedir instrucciones á Londres. Afirmó de nuevo, siempre desde el punto de vista de su opinión personal, que el emperador encon-

traría en Inglaterra la hospitalidad que en todo tiempo había ofrecido á los fugitivos más ilustres. Al hablar de este modo Maitland, no preveía la suerte que aguardaba á Napoleón en Inglaterra, pero evidentemente el deseo de atraer á su bordo al antiguo señor del mundo y de poderle presentar á sus compatriotas maravillados de semejante captura, le disponía á prometer algo más de lo que esperaba, porque no podía suponer que el gobierno inglés dejase á Napoleón la misma libertad que había dejado á Luis XVIII. Al prometer de este modo algo más de lo que esperaba á unos desgraciados propensos á creer más de lo que les prometían, contribuía á producir una ilusión que no estaba lejos de equivaler á una mentira. Preguntando al general Lallemand, condenado á muerte, si era posible que el gobierno inglés le entregase al gobierno de la Francia como á sus demás compañeros de infortunio que se hallaban en su misma posición, rechazó este temor el capitán Maitland como un ultraje, y habló sobre esta cuestión con una completa seguridad, lo que probaba que sabía establecer la diferencia que existía entre la situación del general Lallemand y la de Napoleón, y que no desconocía el peligro á que este último se exponía entrando á bordo del *Bellerophon*. Por lo demás, en lo concerniente á la persona del emperador destronado repitió siempre que carecía de poder para contraer cualquier compromiso, y que se limitaba á decir como ciudadano inglés lo que presumía respecto de la magnanimidad de su nación.

Tranquilizados con este lenguaje más de lo que hubieran debido estarlo, Mr. de Las Cases y Mr. de Lallemand tornaron á la isla de Aix para informar á Napoleón del resultado de su misión. El emperador los escuchó con atención, y obligado como estaba á confiarse á los ingleses, vió en lo que dijeron un motivo para esperar al menos un trato soportable, y en su situación esto era todo lo más que podía lisonjarse de obtener. Sin embargo, antes de determinarse deliberó por última vez con el escaso número de amigos que le rodeaban sobre el partido que debería tomar. Todos los medios de evasión habían sido propuestos, examinados y abandonados. No podía decidirse más que por un acto de confianza entregándose á la Inglaterra, ó un acto de desesperación yendo á ponerse al frente del ejército del Loira. Había noticias de este ejército, se conocían sus sentimientos, su exaltación, y se sabía que con él podría Napoleón hacer esfuerzos heroicos. Los medios de llegar adonde estaba no faltaban. En la isla de Aix contaba con el regimiento de marina compuesto de mil quinientos hombres que habían gritado ¡Al ejército del Loira! Contaba con la guarnición de Rochefort no menos predispuesta en su favor, y además con cuatro batallones de confederados que ofrecían su concurso para todo lo que Napoleón quisiera intentar. Estos diversos destacamentos constituían una fuerza de cerca de cinco ó seis mil hombres, con los cuales podía Napoleón atravesar sin riesgo la Vendée para reunirse con el ejército del Loira, el cual de este modo se hubiera reforzado con un crecido contingente y sobre todo con su presencia.

Pero estas facilidades no podían hacer olvidar la gravedad de la empresa y las nuevas desgracias que iban á caer sobre la Francia. Con efecto, todo lo que

podía conseguir era prolongar inútilmente las calamidades de la guerra, para llegar á la misma catástrofe con mayor efusión de sangre y un peligro infinitamente más grande para los vencidos. Todo esto era tan evidente, que Napoleón, habiendo cometido la falta de volver á la Francia, no quiso presentarse en ella por la tercera vez para arruinarla por completo. Resolvió, pues, entregarse por su cuenta y riesgo á los ingleses; y resolviendo dar este paso con la grandeza propia de su posición, escribió al príncipe regente la carta que copiamos á continuación y que el general Gourgaud debía llevar á Inglaterra y entregar en propia mano al mismo príncipe.

«Alteza Real, decía la carta: habiendo llegado á ser el blanco de las facciones que dividen á mi país y de las más grandes potencias de la Europa, he terminado mi carrera política, y vengo como Temístocles á sentarme en el hogar del pueblo británico. Me pongo bajo la protección de sus leyes que reclamo de Vuestra Alteza Real, como la del más poderoso, del más constante y del más generoso de mis enemigos.»

Esta carta en cualquier otro tiempo hubiera hallado eco en el honor inglés; pero en el estado de los odios, del terror que Napoleón inspiraba, no era más que una apelación inútil á una magnanimidad enteramente sorda en aquellos momentos. Napoleón encargó á Mr. de Las Cases y á Mr. Gourgaud que volvisen á bordo del *Bellerophon* para anunciar su llegada, y pedir pasaje para el general portador de la carta destinada al príncipe regente. La llegada de los dos enviados excitó una verdadera alegría en el *Bellerophon*, recibiendo entrambos una acogida conforme con el sentimiento que excitaron. Les prometieron dispensar al emperador (palabras textuales) los honores debidos transportándole inmediatamente á Inglaterra con las personas que quisiese llevar consigo. Al mismo tiempo pusieron á disposición del general Gourgaud un navío ligero para que pudiese llevar su misión cerca del príncipe regente.

Llegó por fin para Napoleón el momento de abandonar para siempre la tierra de la Francia. El 15 por la mañana se dispuso á partir de la isla de Aix, y dirigió al general Beker una de las más conmovedoras despedidas. «General, le dijo, os doy gracias por vuestro proceder tan noble como delicado. ¿Por qué os he conocido tan tarde? De otro modo nunca os hubierais separado de mí. Sed dichoso y transmitid á la Francia la expresión de los votos que hago por ella.» Al terminar estas palabras estrechó al general en sus brazos con lo más profunda emoción. Queriendo Beker acompañarle hasta á bordo del *Bellerophon* Napoleón se opuso y le dijo: «No sé qué suerte me reservan los ingleses, pero si no corresponden á mi confianza os acusarían de haberme entregado á la Inglaterra.» Esta frase, que probaba que al entregarse á los ingleses no se hacía muchas ilusiones, fué seguida de nuevos testimonios de aprecio al general, que se deshacía en lágrimas. Napoleón bajó después á la playa en medio de los gritos, de las despedidas dolorosas de la multitud, y se embarcó con sus compañeros de destierro en algunos botes para trasladarse á bordo del bergantín el *Epervier*. El capitán Maitland le esperaba y hasta el último momento manifestó la más viva ansiedad, temeroso de ver esca-

parse de sus manos el trofeo que deseaba ofrecer á sus compatriotas. Pero cuando apercibió al *Epervier* con rumbo hacia el *Bellerophon* no ocultó su alegría y mandó á su tripulación que tomase las armas para recibir al gran vencido que iba á llevarle su gloria y sus desdichas. Bajó hasta lo último de la escala del navío para dar la mano á Napoleón, á quien calificó de *emperador*. Cuando estuvieron en el puente le presentó á su estado mayor como hubiera hecho con el mismo soberano de la Francia. Napoleón respondió con una dignidad tranquila á las atenciones del capitán Maitland y le dijo que iba lleno de confianza á buscar la protección de las leyes británicas. El capitán repitió que nadie tendría nunca que arrepentirse por haberse confiado á la generosidad de la Inglaterra.

Hospedó á Napoleón lo mejor que pudo á bordo del *Bellerophon*, y le anunció la próxima visita del almirante Hotham. Con efecto, no tardó en llegar en el *Superbe*, y se presentó á Napoleón de la manera más respetuosa. Le rogó que le honrase visitando el *Superbe* y admitiendo á su bordo una comida. Napoleón accedió y fué tratado como un verdadero soberano. Después de pasar en el *Superbe* algunas horas volvió al *Bellerophon*, á pesar del deseo que le manifestó el almirante de tenerle á su lado; Napoleón hubiera podido hallar en este navío mayores comodidades, pero temió afligir al capitán Maitland, que tantas atenciones le había guardado y que parecía orgulloso con su posesión. Permaneció, pues, en el *Bellerophon* y se dieron á la vela con rumbo hacia Inglaterra.

Soplando muy poco los vientos llegaron con bastante trabajo á la Mancha por las costas de Francia. Napoleón se mostraba amable y tranquilo, y se paseaba sin cesar sobre el puente del *Bellerophon*, observando las maniobras y haciendo preguntas á los marinos ingleses, los que le respondían con una extremada deferencia, conservándole todos sus títulos. Nadie hubiera podido creer al ver su calma y el respeto que inspiraba que había caído desde el más elevado de los tronos en el más profundo de los abismos.

La navegación fué lenta. El 23 de julio apercibieron á Ouessant de una manera á propósito para distinguir perfectamente las costas de la Francia, y el 24 por la mañana fondearon en la rada de Torbay para tomar las órdenes del almirante Keith, jefe de los diversos cruceros del Océano. Estas órdenes no tardaron, y el *Bellerophon* fué invitado á echar el ancla en la rada de Plymouth. Apenas llegó á este punto cuando dos fragatas fuertemente armadas acudieron á situarse á sus flancos, colocándose de este modo bajo la salvaguardia de sus cañones. Entonces se sucedieron en el buque muchos funcionarios ingleses que recibían comunicaciones del capitán Maitland, que le transmitían otras, sin que pudiese averiguarse nada del asunto de sus conversaciones. El almirante Keith se trasladó á bordo del *Bellerophon* para hacer á Napoleón una visita de cumplido, visita corta, en la que no dijo una sola palabra que pudiese indicar ni someramente las intenciones del gobierno británico. Al paso que reinaba este silencio de siniestro augurio en torno del ilustre prisionero, se notaba en todos los rostros y especialmente en el del capitán Maitland el apuro que se descubre en las personas que se ven obligadas á ocultar una mala noticia

ó á retirar promesas; y lo que aún era más alarmante, estas mismas personas, deseando ser respetuosas, no se atrevían ya á serlo. En esto llegó el general Gourgaud, anunciando que no había podido entregar al príncipe regente la carta de Napoleón y que se había visto obligado á ponerla en manos del almirante Keith. Todos estos síntomas eran muy poco satisfactorios.

Napoleón al dirigirse á bordo del *Bellerophon* no se había hecho ilusiones más que á medias; pero colocado entre el riesgo de caer en poder de los ingleses como prisionero de derecho y el de confiarse á su honor, prefirió exponerse al último, y aguardaba sin pesar que le diesen á conocer la suerte que le esperaba. Entretanto podía formarse una idea, por lo que pasaba en la rada de Torbay, del efecto que aún producía en el mundo. Si no había sido más que un Erostrato de grandes proporciones, buscando solamente en la gloria el ruido que produce, podía darse por satisfecho. Con efecto, apenas penetró en el interior la noticia de su llegada, y de boca en boca hasta Londres, se apoderó de toda la Inglaterra una curiosidad febril, una impaciencia inmensa por ver al famoso personaje que desde hacía veinte años había ocupado tanto á la fama. Los ingleses se habían representado siempre á Napoleón como un monstruo odioso que dominaba á los hombres con el terror, y al mismo tiempo que le detestaban querían verle con sus propios ojos. Los periódicos británicos, celebrando su cautividad con una alegría feroz, censuraban la curiosidad frenética que impulsaba hacia él á sus compatriotas, y procuraban entibiar este interés abominándole. Pero sólo lograban aumentarlo, y todos los medios de locomoción que había desde Londres á Plymouth estaban empleados en transportar á la multitud de curiosos. Millares de botes rodeaban á todas horas al *Bellerophon*, y pasaban allí mucho tiempo chocando unos con otros y exponiéndose á los más graves riesgos.

Todos los días se ahogaban algunos, sin que por esto disminuyese la curiosidad general. Se sabía que todas las mañanas salía Napoleón para tomar un poco el aire al puente del navío que le había conducido á Inglaterra, y se aguardaba este momento con ansia, reinando en torno suyo desde que le apercibían una especie de silencio que terminaba con un acto de respeto de la multitud. Todos se descubrían maquinalmente, pero sin prorrumpir en ninguna aclamación, ni amistosa ni hostil. Comprendiendo los ministros ingleses que la piedad hacia la desgracia, la simpatía hacia la gloria, atenuaban el odio, ordenaron que no se permitiera al público circular en torno del *Bellerophon* más que á una distancia que desanimase su curiosidad. Al mismo tiempo estaban decididos á no dejar mucho tiempo en suspenso las cuestiones concernientes al emperador Napoleón.

Su admiración no había sido menor que la del capitán Maitland al ver á Napoleón acudir de *motu proprio* á ponerse en las manos de la Inglaterra. Informados de su evasión por las noticias de París, habían participado del disgusto de la diplomacia europea contra Mr. Fouché y juzgaron que el gran perturbador se hallaría completamente fuera de su alcance, en posición de trastornar otra vez á la Europa en cuanto se le presentase una ocasión favorable. Su alegría igualó á su



NAPOLEÓN Á BORDO DEL NAVÍO INGLÉS «BELEROFONTE», JULIO DE 1815  
(cuadro de W. Q. Orchardson.)

sorpresas al saber que el emperador destronado se encontraba en la rada de Plymouth en uno de los navíos de la marina real. El acto de confianza de Napoleón no produjo en los ánimos el efecto que era de esperar, y hasta cruzó por la mente de algunos la idea bárbara de entregarle á Luis XVIII, quien cargaría en presencia de la historia con la responsabilidad de desembarazar al mundo de su continuo agitador. Pero esta odiosa resolución era imposible en un país en el que todas las grandes determinaciones se discuten públicamente. Con todo, aun rechazando esta resolución y no saliendo del estricto derecho, surgían graves dificultades respecto al modo de considerar la posición del ilustre fugitivo. Si hubiera sido cogido en el mar tratando de fugarse, hubiera habido derecho para considerarle como prisionero, sin perjuicio de resolver ulteriormente si habiendo terminado la guerra era ó no permitido detener á su autor. Pero antes de abordar esta cuestión, se presentaba otra mucho más delicada, la de saber si podía ser considerado como prisionero de guerra un enemigo que se había entregado voluntariamente.

Los más sabios jurisconsultos de la Inglaterra se vieron en gran aprieto para emitir el dictamen que les pidió el gobierno sobre este particular; pero este aprieto no podía durar mucho tiempo en presencia del reposo universal, siempre amenazado por Napoleón. Nuestra calidad de francés conservando una natural simpatía hacia el antiguo compañero de nuestra gloria, no debe hacernos desconocer una verdad evidente, la de que la Europa, trastornada durante veinte años, arrancada del reposo una vez más recientemente y obligada á derramar torrentes de sangre, no podía renunciar á buscar garantías contra las empresas, siempre temidas, del genio más audaz de la tierra. Si hubiera sido un soberano vulgar, un príncipe destronado como Luis XVIII, los deberes de la hospitalidad hubieran exigido que le permitiesen en la libre Inglaterra un paraje en donde terminar pacíficamente su carrera. Pero dejar pasear por las calles de Londres á un hombre que acababa de evadirse de la isla de Elba, y de llamar á los ejércitos de la Europa en los campos de batalla de Ligny y de Waterloo, era de todo punto imposible. Si los Estados deben respetar la vida ajena, tienen asimismo el derecho de defender la propia y los jurisconsultos ingleses recurrieron con razón al principio de la defensa legítima que autoriza á cada cual para que atienda á la conservación de su seguridad cuando se halla visiblemente amenazada. Todas las sociedades encadenan á los seres considerados como peligrosos, y la Europa entera, incluso la Francia, que tenía suficientes motivos para saber hasta qué punto era Napoleón peligroso, podía sin traspasar los límites de su derecho privarle de los medios de causarle daño.

Después de los sucesos de 1814 le había quitado el trono dejándole la isla de Elba: en 1815, después de la evasión de esta isla, tenía derecho para privarle de la libertad. Negar esta verdad es cerrar los ojos á la luz. Pero el derecho de defensa legítima se detiene en el mismo peligro, y cuando cesa éste, cesa también el derecho. Al detener á Napoleón para que expiase de este modo su terrible actividad, no había derecho para atormentarle, para abreviar su vida y sobre todo para humillarle. Respetar su genio era un deber absoluta-

mente igual al derecho de encadenarle. Así, pues, todo lo que no fuese necesario para evitar una nueva evasión, sería una crueldad gratuita, destinada á pesar eternamente sobre la memoria de los culpables de este abuso. Las resoluciones británicas no fueron desde este punto de vista tan admisibles como desde el primero, y el triste fin de nuestra historia va á probar que la Inglaterra comprometió su gloria no respetando la de Napoleón.

En primer lugar se ocuparon del paraje que se designaría para fijar su residencia, no volviendo á pensar para nada en el Mediterráneo, en vista de los resultados que había dado la primera prueba. Era absolutamente indispensable un mar menos próximo. El Océano Índico se hallaba demasiado lejos, porque importaba á la seguridad general tener frecuentes noticias del temible cautivo; y por lo demás la isla de Francia, que era el único punto que hubieran podido elegir en el mar de las Indias, estaba demasiado poblada y frecuentada para pensar convertirla en una especie de prisión. En esta isla hubiera sido preciso poner á Napoleón bajo llave para poder asegurar su custodia, y esto hubiera sido un acto indigno del que nadie, ni aun en aquella época, hubiera consentido en ser culpable. En medio del Atlántico, en el hemisferio Sur, había separada por la misma distancia de los continentes de Africa y de América una isla volcánica, de difícil acceso, cuya esterilidad había alejado en todo tiempo á los colonos, y cuya soledad era tal que se podía tener en su recinto á un prisionero, cualquiera que fuese, sin encerrarle entre los muros de una fortaleza. Esta isla era la de Santa Elena, y con motivo de las ventajas que ofrecía para el caso, fijó la atención de los hombres de Estado que deseaban alejar á Napoleón de los mares de Europa, y fué unánimemente designada como el punto más á propósito para detenerle, cediéndola al Estado la compañía de las Indias por todo el tiempo que durase la detención. Su clima tenía reputación de insalubre, era sobre poco más ó menos el de todas las islas intertropicales, y si podía ofrecer peligro á algún habitante de las zonas templadas, era al que no había hallado en el viejo mundo un teatro bastante ancho para desplegar en él su prodigiosa actividad. Pero seamos justos, si se hubiera querido hallar una prisión proporcionada á esta actividad, hubiera sido preciso devolverle al mundo, y Napoleón le había atormentado demasiado para que se tuviese derecho á prohibirle su eterno acceso en él.

Como decimos, quedó elegida la isla de Santa Elena, y se convino en buscar en el centro de la isla, lejos de la parte habitada, un paraje bastante espacioso para que Napoleón pudiese vivir en él á su antojo, pasearse á pie ó á caballo, sin apercibirse de que estaba prisionero. Hasta aquí, no había extralimitación alguna, la necesidad imponía estas determinaciones; pero no era preciso añadir á ellas incomodidades inútiles y sobre todo las humillaciones que para el ilustre cautivo debían ser tan crueles como la misma cautividad. Sin embargo, el gabinete británico, obedeciendo á las malas pasiones de la época, declaró que Napoleón, al que hasta entonces habían llamado siempre emperador, aun en la isla de Elba, sería en lo sucesivo designado con el nombre de el general Bonaparte. Es cierto que este nombre era sumamente glorioso, y que los mayores potentados de la tierra se hubieran consolado con él de la falta de